

NARANJO OROVIO, Consuelo (coord.), *Historia de Cuba*, Madrid, Doce Calles-CSIC, 625 pp., con índices y bibliografía final.

Esta *Historia de Cuba* es parte de un proyecto más amplio puesto en marcha en 2006 por la Dra. Consuelo Naranjo Orovio en el marco de la Red de Estudios Comparados del Caribe y Mundo Atlántico desde el Instituto de Historia de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IH-CCHS, CSIC), con el apoyo de Ediciones Doce Calles y de Publicaciones del CSIC. Con la publicación de este volumen sobre Cuba se inicia una serie dedicada a la historia de las Antillas que abarca desde la conquista hasta el tiempo presente. Seguirán otros cuatro libros, uno dedicado a la República Dominicana, otro a Puerto Rico, junto a dos volúmenes dedicados uno a las Antillas no hispanas y el otro a un estudio que de forma comparada analiza los temas fundamentales que generaron diferencias y similitudes en las Antillas.

La relevancia de este proyecto es evidente. Por su posición geoestratégica y por su fragmentación insular las Antillas nunca fueron estudiadas como un espacio identitario (en todos los sentidos), ni mucho menos como parte esencial de la América Hispánica. Por razones que merecerían un estudio aparte, aquellas Antillas se quedaron aún más insulares de lo que son y —hecho aún más discutible— muy marginadas de la historia atlántica. Quizás el camino diferente frente a las emancipaciones del periodo 1808-1824 haya influido en desubicar historiográficamente esta parte estratégica de la monarquía católica y del mundo atlántico en general.

Este volumen sobre la historia de Cuba es una muestra de lo que anima el proyecto: reconstruir a lo largo de cinco siglos por una parte rupturas y continuidades y por la otra los ejes articuladores que la metrópoli construyó cíclicamente hasta la independencia de la isla, en el intento de valorizar los recursos disponibles. Hay sin embargo algo más que, de entrada, llama la atención del lector. La revolución castrista tuvo un impacto tremendo en la historiografía que se ocupa de Cuba. Las rupturas que se dieron en el país a partir del 1 de enero de 1959, cuando Fidel Castro entró triunfalmente en La Habana tras dos años de lucha en contra del régimen de Batista, fueron tan profundas que redefinieron la misma historia de Cuba en la larga duración. Al igual que otras revoluciones del siglo XX, la cubana transformó el pasado en una expectativa del presente. Y vale la pena recordar que este teologismo historiográfico no fue sólo una operación ideológica del régimen, sino que fue practicado «universalmente», a nivel internacional, y también por parte de historiadores «contrarrevolucionarios». La revolución castrista se volvió así una «necesidad», a la vez que fue la ruptura más importante de la historia cubana.

Sin embargo, hay que decir que en la isla la historiografía no fue tan uniforme como las que se produjeron en los demás países comunistas. La historia intelectual de la Revolución fue más compleja por la naturaleza misma del régimen, por lo menos hasta los años setenta del siglo pasado. Lo explica muy bien Rafael Rojas en uno de los capítulos de este libro. Los años que van de 1959 a 1971, cuando realmente empezó la «sovietización» cultural, fueron los más dinámicos desde el punto de vista cultural e ideológico, hasta en una perspectiva latinoamericana. En aquellas dos décadas no sólo se produjo la confrontación entre nociones liberales, católicas y marxistas de la cultura sino que dentro del propio campo socialista tuvo lugar un intenso debate entre concepciones estalinistas y libertarias de la producción intelectual. Rojas tiene razón en recordar dos datos. El primero es que la Revolución aconteció en un momento de «esplendor» de la cultura cubana. El segundo es que, como sabemos, ésta no fue originariamente una revolución comunista sino nacionalista. Después del «gran salto» de 1962, cuando Castro informó a los ciudadanos que lo que habían hecho era una revolución socialista, por diez años hubo un equilibrio entre el «Intelectual Nacionalista Revolucionario» y el «Intelectual Comunista Revolucionario», una situación, por supuesto, bastante tensa y problemática que sin embargo permitió a la cultura cubana un espacio de autonomía inimaginable en otros contextos revolucionarios. También la historiografía cubana de aquellos años se desarrolló entre los dos campos, entre —por ejemplo— el «viejo» historiador marxista Julio le Riverend y el «más joven» Moreno

Fraginals, muy conocido a nivel internacional por su clásico estudio sobre la historia del azúcar. La soviétización borró progresivamente este espacio, consumando un drama anunciado.

Ahora, en nuestros días, en el ocaso del largo otoño del patriarca, el punto al orden del día es construir una historiografía «posrevolucionaria», es decir una perspectiva de «normalización» que permita rearticular el pasado alrededor de tres ejes: la superación del «punto teleológico», las autonomías historiográficas de las continuidades y de las rupturas, y la dimensión atlántica, es decir la ubicación geohistórica de la isla a lo largo del tiempo. Este libro se mueve en esta perspectiva gracias a un grupo de historiadores experimentados y especialistas. Además —como señala la coordinadora—, se trata de expertos de distintas escuelas historiográficas, instituciones y disciplinas. Y vale la pena añadir de entrada que unos de los méritos de la obra es el apego a una estructura clásica, ajena a ciertas modas usuales. El texto está estructurado en seis partes: Población, Economía, Sociedad, Política, Cultura y Ciencia, y Medio siglo de políticas económico-sociales en Cuba socialista. Este último apartado, aunque no muy largo, es sin embargo de gran calidad puesto que su autor es Carmelo Mesa-Lago, uno de los máximos expertos en el campo de los estudios sobre las políticas económicas del régimen a lo largo de toda su trayectoria. Desde hace cuarenta años los análisis de Mesa-Lago han sido un referente insustituible para conocer los que él llama los «ciclos» de la economía socialista de Cuba, que según sus cálculos han sido nueve a lo largo de medio siglo. Lo importante es que Mesa-Lago es capaz siempre de explicar los datos cuantitativos a partir de las decisiones políticas del grupo dirigente y de Fidel Castro en particular. Es notorio que en este campo las decisiones se quedaron siempre en las manos del *líder máximo*. El enfoque de Mesa-Lago permite entender en qué medida las dinámicas de los ciclos fue determinada por dos modelos de comportamiento ideológico, el «idealista» antimercado y el «pragmatista», orientado hacia el mercado. Al contrario de lo que sucedió con el dualismo en el campo de la cultura, el de la economía nunca tuvo autonomía porque —como subraya el autor— fue condicionado no sólo por el protagonismo de Castro, sino también por la preocupación que de la opción «pragmatista» surgiesen nuevos actores independientes del Estado. Las presiones externas, como la desaparición de la Unión Soviética, jugaron luego otro papel decisivo. En fin, el punto quizás más relevante en una perspectiva de larga duración —la del libro— es que el medio siglo de experimentos socialistas continuos no han cambiado en lo básico la estructural dependencia de la isla del sistema internacional.

Este dato es sin duda un hilo de lectura sugerido por el libro. Y en esta perspectiva el núcleo fuerte de la obra son los estudios sobre los siglos XVIII, XIX y XX que abarcan política y sociedad. Aquí habría mucho que decir acerca de los tantos estímulos para reflexionar sobre las peculiaridades históricas de la isla en el contexto atlántico, empezando por la población. El análisis de Consuelo Naranjo Orovio sobre este tema tan complejo introduce el dato básico: en las épocas de las grandes migraciones hacia América el azúcar y el sistema colonial dieron una pauta bien diferente al flujo que se produjo hacia Cuba. Por supuesto la composición fue distinta de las demás, en el sentido multiétnico: africanos y españoles y, posteriormente, chinos, jamaí-

canos, etc. Pero lo que Naranjo Orovio y luego José Antonio Piqueras, junto a Alejandro de la Fuente, subrayan como dato «transversal» es la ambivalencia de la política española hacia Cuba, y no sólo antes de las independencias americanas sino también después, a lo largo de todo el siglo XIX. Quizás de manera burda se podría decir que las políticas azucareras de las autoridades peninsulares lograron siempre resultados contradictorios. No cabe duda sobre este punto —y es un gran mérito del libro— que el azúcar modernizó la isla entre el final del siglo XVIII y a lo largo de todo el siglo XIX. De manera que el siglo XX aparece como la última etapa en declive de un largo ciclo de crecimiento y —valga repetirlo— de modernización, quizás más avanzada que la de los demás países independientes de América Latina. Pero no sólo, el texto de Piqueras muestra contundentemente una notable continuidad «borbónica» entre el siglo XVIII y XIX, lo cual obviamente no deja de llamar la atención. La continuidad de la condición colonial de la isla adquiere así una doble lectura: falta de autogobierno completo, pero a la vez un crecimiento en inversiones, tecnología, cultivos, etc. Sin duda —como se ha afirmado siempre— la cuestión esclavista pesó cada vez más en el escenario global, pero lo realmente contradictorio del *boom* azucarero fue la interacción entre las coyunturas políticas cubana y española. Otro aporte de calidad de esta obra es precisamente la reconstrucción de cómo y hasta qué punto los gobiernos españoles, moderados y reformistas con tinte liberal, fueron incapaces de gobernar los cambios cubanos a pesar de la alianza con la sacarocracia, debido a que los grupos dirigentes no fueron capaces de salir del patrón borbónico colonial. No es casual que la primera guerra de independencia cubana, la de los Diez Años, se diera en un momento de estancamiento político de la Península, hecho confirmado luego por el Pacto del Zanjón en 1878 que demasiado tarde intentó salir del «secular desengaño» (Piqueras) de un patrón colonial demasiado ambivalente y, a pesar de todo, obsoleto.

El azúcar del *boom* erosionó la colonia mucho más de lo que se pudo percibir en la época, pero este proceso no benefició a la nueva república. Vanni Pettinà —que escribe sobre el siglo XX— tiene razón cuando afirma que la debilidad de la primera república, 1901 y 1933, no dependió de la política estadounidense sino de la fractura que se produjo entre la política y la economía, precisamente la herencia del borbonismo oscilante del siglo XIX colonial. Sin duda las devastadoras crisis financieras de los años veinte, que acabaron con el más que secular crecimiento azucarero, tuvieron su peso, pero en una perspectiva de más larga duración —como la del libro— el intento revolucionario de 1933 aparece más bien como el punto de llegada de dos etapas (1878-1898, 1901-1933) de un mismo ciclo de desestructuración del orden colonial, que los grandes cambios de regímenes —como la independencia— no lograron detener. De ahí que Pettinà en cierto sentido saca de la leyenda negra el llamado «primer batistato», con argumentos que hoy suenan muy reales. Nunca antes hubo como en los años cuarenta la *ilusion lyrique* de una convivencia viable entre economía y política, y esto, con una paradoja sólo aparente, gracias al caso azucarero, a su «cubanización», a la Buena Vecindad de Roosevelt, y a las políticas reformistas batistianas y de los demás partidos, en un contexto institucional estable y con amplio consenso social. La Guerra Fría interrumpió este momento democrático (único) de Cuba porque desar-

ticuló el sistema de los partidos mucho más allá de la «cuestión comunista», «restaurando» la fractura entre política y economía, por supuesto bajo condiciones distintas a las del pasado. La revolución castrista no fue inevitable, al igual que todas las revoluciones, pero al igual que las demás fue desencadenada por una crisis política más grave que la que hundió en 1933 la República de «los generales y doctores».

Después de haber recorrido este libro apasionante y lleno de nuevos interrogantes, el lector llega a la conclusión de que alrededor de la gran continuidad del azúcar y de su mundo hubo unos pocos ciclos de discontinuidad política que no lograron articularse entre sí, fragmentando constantemente el proceso de desarrollo institucional. Y las víctimas de esta historia no fueron sólo las instituciones, sino más bien los actores políticos colectivos y los partidos en primer lugar. La modernización, discutible pero indudable, no tuvo sus intérpretes, ni en la época colonial tardía ni en la republicana. En este sentido Cuba fue una frontera del Atlántico hispanoamericano porque experimentó con más profundidad y precozmente —y no por ser una isla— aquellas ambivalencias de las modernizaciones que encontramos en momentos diferentes en muchos de los países continentales.

Antonio ANNINO
Universidad de Florencia - CIDE, México